

ó privilegios de las personas no varían ni se modifican por la muerte ó separación de algunos de sus miembros; no se transmiten por los socios: no pasan á los herederos de éstos; continúan tanto cuanto la corporación dura. Si se le da el carácter de asociación, entonces ninguno de sus miembros pierde la libertad individual, cosa que no aceptan las instituciones monásticas.

Y ya sea corporación ó sociedad, si se la considera como persona jurídica, entonces está y debe estar sujeta á la ley, porque á ella debe su existencia.

Ciertas corporaciones pretenden ser inmortales como un ser invisible é intangible, y aunque compuestas de hombres, se creen fuera del alcance humano. Otras reconocen, empero, que deben su existencia á la ley, y sus necesidades á las condiciones de la humanidad. De aquí la división de las corporaciones en civiles, como son las que acabamos de mencionar, y eclesiásticas, como las de que ántes hablamos.

En las civiles hay la división que se indica entre las que proceden únicamente de la ley, y las que son obra de las condiciones de la humanidad. En el primer grupo pueden considerarse un banco, un colegio, una junta de beneficencia, una empresa de ferrocarriles y otras por el estilo; en el segundo, una Nación, un Estado, un Municipio. De aquí que las corporaciones civiles sean privadas ó públicas; éstas toman también el nombre de corporaciones políticas.

La experiencia ha demostrado siempre cuán difícil es hacer efectiva la responsabilidad de los miembros de una corporación. Las hay en que ese correctivo es imposible, ya sea por el carácter de la institución, ya porque lleguen á ser poderosas.

“Las corporaciones, tanto públicas como privadas, fueron bien conocidas en la ley romana y existieron desde los primitivos tiempos de la República. Aparece de un pasaje de las Pandectas,¹ que las disposiciones en esta materia se copiaron de las leyes de Solon, que permitía á las compañías privadas consti-

¹ Dig. 47—22—4.

tuirse á su arbitrio, con tal de que no hiciesen nada contrario al derecho público; pero los romanos no fueron tan indulgentes como los griegos. Demasiado celosos de los derechos individuales, restringieron los de las corporaciones á aquellos, para los que se les autorizaba especialmente, y era ilícita toda corporación que no estuviese permitida por un decreto del Senado ó del Emperador.² *Collegia licita*, en el lenguaje de la ley romana, eran, como nuestras compañías incorporadas, sociedades de hombres unidos para algún trabajo ú objeto útil, con la facultad de obrar como un solo individuo; y si abusaban de su derecho ó se reunían para otro objeto que el expresado en su concesión, eran considerados como *illicita*; y muchas leyes, desde los tiempos de las Doce Tablas hasta los de los Emperadores, se expidieron contra las compañías ilícitas ó no autorizadas. Suetonio nos informa que en el siglo de Augusto llegaron á ser ciertas corporaciones el semillero de las facciones y del desorden; y que el Emperador intervino, como lo había hecho ántes Julio César, disolviéndolas todas, excepto las antiguas y legales. *Cuncta collegia propter antiquitatem constituta dixerunt*. Encontramos también, en Plinio el Menor, un singular ejemplo del extremado celo con que el gobierno romano veía estas corporaciones. Un terrible incendio que tuvo lugar en Nicomedia indujo á Plinio á recomendar al Emperador Trajano la institución de una compañía de incendios para aquella ciudad, compuesta de ciento cincuenta hombres [*collegium fabrorum*], con la seguridad de que no se ocuparía de ningún otro asunto, y que no se extenderían á ningún otro objeto los privilegios que se le concediesen; pero el Emperador rehusó hacer la concesión, porque toda esa especie de sociedades siempre había perturbado extraordinariamente la paz de las ciudades, y observó que cualquiera que fuese el nombre que se les había dado y el objeto para que fueron instituidas, jamás habían dejado de ser perjudiciales..... Las corporaciones ó colegios para la enseñanza fueron enteramente descono-

² Dig. 47—22—3—1.

cidos de los antiguos, siendo fruto de invencion moderna. En tiempo de los últimos emperadores, los profesores de las diferentes ciencias comenzaron á percibir salarios del gobierno y fueron objeto de reglamentos y disciplina pública. Al espirar el siglo tercero, asumieron estos establecimientos la apariencia de instituciones públicas, principalmente las escuelas de Roma, Alejandría, Constantinopla y Berito. Se concedieron honores y distinciones á catedráticos y estudiantes, y se les sujetó á la visita é inspeccion de los poderes eclesiástico y civil. Solamente despues del renacimiento de las letras, ó al ménos hasta fines del siglo XIII, fué cuando los colegios y universidades comenzaron á conferir grados y á obtener alguna parte de la autoridad, influencia y solidez que han alcanzado en los últimos tiempos. La ereccion de las corporaciones civiles ó municipales, para objetos políticos ó mercantiles, tomó su lugar en los primeros períodos de la historia de la moderna Europa. No fueron desconocidos á los antiguos romanos, porque su dominio se componia de numerosas ciudades ó corporaciones municipales. Las ciudades y los pueblos fueron investidos de una extensa jurisdiccion civil y criminal, y con poderes y privilegios de corporacion..... Pero aunque las corporaciones fueron benéficas en los primeros tiempos de la moderna historia de Europa, conservando vivo el espíritu de libertad y sosteniendo y alentando los esfuerzos del mejoramiento social é intelectual, sus privilegios exclusivos han revestido, casi siempre, el carácter de monopolios, enfrenando la libre circulacion del trabajo y elevando el precio de los productos de la industria. Adam Smith no vacila en considerarlas en toda la Europa, como generalmente perjudiciales á la libertad del comercio y al progreso en el perfeccionamiento.”¹

Hechas estas explicaciones históricas de lo que se entiende por corporaciones y del derecho que los gobiernos tienen para permitir ó prohibir su existencia, veamos los antecedentes de

¹ Kent's. Commentaries on American Law.

nuestro artículo constitucional. La ley de 25 de Junio de 1856 contiene las siguientes prescripciones:

“Todas las fincas rústicas y urbanas que hoy tienen ó administran como propietarios las corporaciones civiles ó eclesiásticas de la República se adjudicarán en propiedad á los que las tienen arrendadas ó á censo enfiteútico, por el capital calculado al seis por ciento de rédito. Bajo el nombre de corporaciones se entienden todas las comunidades religiosas de ambos sexos, cofradías y archicofradías, congregaciones, hermandades, parroquias, ayuntamientos, colegios y en general todo establecimiento ó fundacion que tenga el carácter de duracion *perpetua* ó *indefinida*. Sólo se exceptúan de la enajenacion que queda prevenida, los edificios destinados inmediata ó directamente al servicio ú objeto del instituto de las corporaciones, como los conventos, palacios episcopales y municipales, colegios, hospitales, hospicios, mercados, casas de correccion y de beneficencia: de las propiedades pertenecientes á los ayuntamientos se exceptuarán tambien los edificios, egidos y terrenos destinados exclusivamente al servicio público de las poblaciones á que pertenezcan. Los capitales, precio de las fincas rústicas y urbanas, quedarán impuestos sobre ellas á favor de las corporaciones que ántes las poseían. En adelante, ninguna corporacion civil ó eclesiástica, cualquiera que sea su carácter, denominacion ú objeto, tendrá capacidad legal para adquirir en propiedad ó administrar por sí bienes raíces, con la única excepcion ántes indicada. Los réditos de los capitales que reconozcan las fincas rústicas ó urbanas que se adjudiquen ó rematen conforme á esta ley, continuarán aplicándose á los mismos objetos á que se destinaban las rentas de dichas fincas.”

Estas disposiciones, esencialmente modificadas por lo que hace á las comunidades eclesiásticas, están todavía vigentes en lo sustancial, por lo que respecta á las corporaciones civiles, públicas ó políticas que están tambien comprendidas en la ley: así que los bienes raíces de los ayuntamientos, de la beneficencia, de los establecimientos de instruccion pública y otras institucio-

nes de este género, deben adjudicarse á quienes lo soliciten, ó estarse sacando á remate público hasta encontrar postor, ya sea que los bienes sean de los que ántes poseían esas corporaciones y que hasta hoy no hayan podido venderse, ya sea que por cualquiera causa, no prohibida por la ley, hayan venido á ser posteriormente de propiedad de dichas corporaciones.¹

Dirémos unas cuantas palabras más respecto de corporaciones.

El arreglo de los asuntos puramente locales pertenece á los habitantes de una ciudad ó aldea, que son los inmediatamente interesados, no solamente por causa de sus negocios propios, sino porque son los únicos competentes para manejarlos bien. De aquí procede la necesidad de que su existencia sea permanente y continua. La forma y demarcación de los ayuntamientos, sin embargo, no pueden ser en todas partes y en todos tiempos las mismas. Por esto la Constitución general, por lo que hace al Distrito Federal y Territorios, y las de los Estados en cuanto á su régimen interior, encomiendan al poder legislativo la facultad de determinar el número de los individuos que forman los ayuntamientos de cada localidad, sus atribuciones, el territorio en que ejercen su jurisdicción y la forma para ejercerla. Puede cambiar la residencia del ayuntamiento de un lugar á otro, aumentar ó disminuir la superficie territorial en que actúa; pero cualesquiera que sean las variaciones que se decreten, siempre existirá el municipio, como que está fundado en la naturaleza de su institución.

El ayuntamiento tiene un doble carácter. Es autoridad administrativa, y en este sentido obra como tal autoridad, conforme á los poderes que expresamente le confiere la ley. Emplea la

¹ Conforme á la ley citada, de acuerdo con el artículo que estudiamos, las comunidades de indígenas carecen de personalidad (véanse entre otras ejecutorias la de 9 de Noviembre de 1882, amparo Estrada); sus terrenos y demas bienes deben repartirse entre ellos mismos, no siendo denunciabiles. Disposiciones de 9 y 17 de Octubre, 11 y 13 de Noviembre y 20 de Diciembre de 1856.

fuerza para llevar á cabo sus determinaciones legales, castiga la infracción de sus bandos de policía y buen gobierno; y en la recaudación de sus arbitrios ó impuestos municipales, hace uso de la facultad coactiva.

Es persona moral y tiene entidad jurídica, y en este sentido celebra contratos y contrata empréstitos, comparece en juicio por medio de sus representantes legales, siendo actor ó demandado.

Los bienes que posee se llaman *propios* y *arbitrios*: los primeros son los edificios y fincas destinadas inmediata y directamente al servicio de la institución; los segundos son los impuestos municipales, arrendamientos de aguas y mercados, pensiones, licencias, etc.

Puede algunas veces el ayuntamiento adquirir momentáneamente algunos bienes raíces y administrarlos para su conservación en buen estado, mientras los tenga en su poder: tales son las fincas que por cualquiera clase de adeudos se rematan en su favor ó le son entregadas por los deudores en pago de su crédito; tales son también los bienes pertenecientes á mostrencos en donde la ley se los concede; pero como lo hemos estado diciendo, sólo puede adquirirlos con la condición de enajenarlos en remate tan luego como se pida su adjudicación conforme á la ley, que es, según hemos visto, la de 25 de Junio de 1856, ó el Código Civil en su caso.

En mayor escala, los Estados y la Nación tienen también el doble carácter de autoridades y de personas jurídicas: si los ayuntamientos reducen su capacidad jurídica y el ejercicio del poder á sólo los asuntos materiales de su localidad; el Estado y la Nación los ejercen en todos los ramos que se refieren, dentro de su competencia, á la administración pública, á los intereses del pueblo y á los que se relacionan entre éste y los particulares. Las leyes que los reglamentan se llaman de derecho administrativo.

Ya hemos dicho ántes que el Estado —la Nación— en su capacidad soberana, recobra la propiedad de los bienes de toda cla-

se que por herencia yacente ó por cualquiera otro motivo carecen de dueño; pero hemos dicho repetidas veces tambien que, no pudiendo ni debiendo ser capitalista ni empresario, debe procurar inmediatamente su enagenacion; obrar de otro modo, seria estancar en manos de personas morales que nunca mueren, la propiedad que es un derecho eminentemente individual. Si se permitiese á las corporaciones adquirir y administrar bienes raíces, irian acumulando incesantemente en su favor la propiedad raíz, que en gran parte ó en su totalidad se retiraria de las manos de los particulares, causando el pauperismo, lo que además es injusto, porque peca contra los fines de la naturaleza humana. Si el hombre tiene *in habitu* el derecho á la propiedad, podria llegar el caso de que no pudiese ejercer ese derecho *in actu*. Podriamos decir, recordando el pasaje bíblico que copiamos al principio de esta leccion, que Dios habria dotado al hombre con el derecho de apropiarse la tierra para satisfacer sus necesidades; pero que las corporaciones harian imposible el ejercicio de este derecho.

Las ideas precedentes comprenden á todas las corporaciones perpetuas ó de duracion indefinida: pero hasta aquí hemos hablado más especialmente de las corporaciones civiles, públicas ó políticas, dejando para el derecho civil las reglas que rigen respecto de las corporaciones civiles de orden privado.

Vamos ahora á ocuparnos de las corporaciones religiosas de que trata la adición del artículo 27.

En el progreso del mundo se necesitan elementos oportunos y útiles en ciertos períodos de la historia, pero que son ineficaces y hasta perjudiciales en un mayor desarrollo de la civilizacion. ¿Quién podrá negar la influencia que el paganismo griego ejerció en la marcha de las sociedades en la época de su oportunidad? ¿Quién desconocerá la influencia moralizadora que, por decirlo así, estaba incubada en el hebraismo, ni la portentosa revolucion que en el mundo de las ideas y de las costumbres consumó el cristianismo, por más que la historia nos demuestre que esa religion no pudo crecer y desarrollarse, sino

cuando contó con el apoyo del brazo secular? Los adoradores de Mahoma, ellos mismos, ¿no contribuyeron á la civilizacion del mundo con el rico contingente de sus hábitos caballerescos, de sus estudios en las ciencias exactas, de su espléndida arquitectura y de aquel refinamiento y buen gusto en la gaya ciencia? Despues ¿habrá alguno que se atreva á decir que no están á la vanguardia del progreso, en las ciencias y en las artes, en la filosofía y en las instituciones libres, en la agricultura, en el comercio, en todos los ramos del saber y de la actividad humana, las naciones en que el protestantismo extiende sus alas libres y majestuosas, por más que esa secta haya sido impuesta por la fuerza á pueblos católicos por reyes y príncipes, y aun predicada por antiguos clérigos católicos? Y es que en el alma humana residen á la par, la fe religiosa—en Dios—y la fe del progreso—en la humanidad.—Estas dos ingentes fuerzas no pueden ser contradictorias, y cuantas veces se ha querido hacer de una de ellas la resistencia á la otra, la historia del mundo nos habla de tantas lágrimas derramadas, de tanta sangre vertida, de tantos trastornos verificados en el mundo por causa de ese error, si no queremos llamarlo crimen. Y hasta que viene el equilibrio, y hasta que las dos fuerzas obran de consuno, es cuando la naciones toman su marcha regular y progresiva, dejando atras á los que murmuran el estacionario *non possumus*.

Al amparo de la religion católica se crearon las corporaciones religiosas, los conventos que fueron en un tiempo su mejor apoyo, el más claro timbre de su gloria. Depositarias del saber, baluarte de la libertad contra los tiranos, casas de caridad y de trabajo, el pueblo veia en ellas á sus protectores naturales, y en aquellos tiempos de oscuro despotismo eran el faro que iluminaba la conciencia humana. Los reyes encontraron en los claustros poderosos aliados contra los señores feudales que les disputaban el ejercicio de la soberanía: las almas los veian como el santuario de la fe, como la piscina santa en que se lavaban los pecados, al calor de la penitencia. ¿Qué mucho que el pueblo

las colmase con sus donaciones, que los monarcas las protegiesen con leyes sábias y liberales?

El fraile y la monja que renunciaban á los bienes y goces del mundo, que abdicaban su personalidad en la comunidad, ¡qué séres tan sublimes, qué vida tan inmaterial y tan divina! Con razon infundian el respeto y la admiracion en aquellos tiempos de costumbres groseras y de pasiones violentísimas!¹

Este era el carácter esencial de las instituciones religiosas. ¿Cómo lo han cumplido en los tiempos pasados y cómo lo cumplen todavía en los presentes? Los conventos eran el asilo de la caridad, del amor y de la ciencia; los frailes hicieron de ellos focos de prostitucion, centros en que se conspiraba contra el progreso, y de donde salian las revoluciones que ensangrentaban el suelo de la patria; la ciencia habia pasado los muros de los conventos, más bien dicho, los habia abandonado y ya no era el monopolio de los frailes sino el lote de los hombres pensadores y profundos que la derramaban por todo el mundo. Los frailes eran pobres, pero los conventos se hicieron ricos: la propiedad de la tierra se fué estancando poco á poco en las manos de las comunidades, y extensas posesiones eran solamente arrendadas á los particulares, quienes no hacian más que esquilmarlas, sin mejorarlas nunca, ¿qué decimos? sin siquiera devolverles por el abono, los elementos de fertilidad que iban agotándose en cada cosecha. Y lo que es más injusto todavía, retirando la tierra de la aptitud dada por Dios á los hombres para poseerla y "sojuzgarla."

Estas consideraciones, de un órden enteramente económico, presidieron desde ántes, en la expedicion de la ley de 25 de Ju-

1 Si el clero quisiese en nuestros dias tomar participacion en la magistratura civil seria un grande mal; però lo que en una época de buen gobierno es un mal, en una época de mal gobierno es un beneficio. Es mejor que la humanidad sea gobernada por leyes sábias bien administradas y por una opinion pública ilustrada, que por el sacerdocio; pero es mejor que esté gobernada por el sacerdocio que por la fuerza brutal.—*Macaulay. History of England.*

nio de 1856. La historia del país nos refiere que el clero respondió á este acto, meramente administrativo del gobierno, con los pronunciamientos de Puebla y con el famoso golpe de Estado de 1857, tratando de derrocar la Constitucion y leyes de desamortizacion, por medio de un motin militar. En nuestra misma historia encontramos siempre al clero, desde ántes de aquella fecha, oponiéndose á toda idea liberal, á todo progreso de la Nacion. La intolerancia religiosa; el monopolio en la usura, disfrazada con el corto rédito para que nadie pudiese competir con la Iglesia en la imposicion de capitales; su influencia decisiva en el poder público, apoderándose del Jefe Ejecutivo; su participacion en las cámaras legislativas, su invasion en el poder judicial por medio del fuero, hacian del clero la más poderosa clase de la Nacion, sin que ésta pudiese marchar en el camino de la prosperidad.

Exigente é imprevisora, la Iglesia mexicana no se conformó con los principios de la Constitucion de 1857 cuando ésta no se atrevió á proclamar la tolerancia religiosa, y cuando en materia de bienes eclesiásticos dejaba al clero en censo consignativo los cuantiosos capitales, precio de las antiguas propiedades raíces que constituian la mano muerta.

Sumió al país en la espantosa guerra de tres años, llamada de la *Reforma*, y entónces la Nacion, que habia autorizado con sus leyes, desde siglos atras, el establecimiento de las comunidades religiosas y las habia facultado para adquirir y administrar bienes raíces y capitales impuestos sobre ellos, actos todos emanados del derecho de soberanía; por otro acto de esa misma soberanía suprimió los conventos, decretó que volvian al dominio de la Nacion los bienes que el clero regular y secular habia estado administrando, y declaró la independendencia entre el Estado y la Iglesia.¹

Ya hemos visto al explicar el artículo 5º, que la ley no puede autorizar la existencia de una sociedad independiente dentro de

1 Ley de 12 de Julio de 1859.

la gran sociedad que constituye á la Nacion. Si en algun tiempo esas sociedades parciales fueron útiles al Estado, para conseguir algunos de sus fines políticos, fué entónces útil y conveniente autorizarlas, como es útil y conveniente retirarles las autorizaciones, cuando ya no cumplen con aquel objeto, y con más razon cuando lo contrarían.

Esto es lo que ha hecho la Nacion Mexicana: y una vez extinguidas las comunidades, sus bienes quedaron sin dueño y volvieron á la Nacion por virtud del dominio eminente, siendo de advertir que los capitales impuestos en favor de la instruccion pública ó de la beneficencia, han continuado al servicio de su respectiva institucion, respetándose la intencion de los fundadores. El Gobierno es quien los administra, porque él es el representante de todas las personas indeterminadas ó inciertas. No han faltado quienes quieran hallar contradiccion entre esta parte del artículo 27 y el artículo 9º de la Constitucion; pero ya hemos dicho que no hay que confundir las palabras asociacion y comunidad. En aquellas el individuo queda libre; en éstas, las personas comprometidas con un voto monástico, hacen profesion de pobreza, abdicán su individualidad: cuanto ganan en obvenciones, cuanto reciben por donacion, cuanto poseen, en suma, pertenece á la corporacion. Si mueren, no dejan herederos, porque no dejan herencia. ¿Cuál es entónces el objeto de atesorar el dinero y de poseer cuantiosas propiedades territoriales, agotando el capital privado y destruyendo la riqueza pública? La historia del mundo nos enseña que ese objeto ha sido siempre meramente político, un poderoso medio de influencia, ora contra los reyes en países monárquicos, ora contra los pueblos bajo el sistema democrático.

Podria decirse que bastaria para los fines que se propusieron las leyes de Reforma, prohibir á las instituciones religiosas la facultad de adquirir bienes raíces, y que es injusto impedirles que tengan capitales impuestos en ellos; porque toda institucion debe tener los medios de subsistir, y supuesto que la Iglesia católica es una institucion, no sólo permitida, sino protegida, como

todas las otras, por el Estado, es claramente justo que se le debe permitir la posesion de medios necesarios para su subsistencia.

Pero la ley la autoriza para adquirir esos medios por donativos y limosnas que se le hagan espontáneamente, ó invocando, por medio de cuestores, la piedad de los fieles. Si una institucion religiosa no halla esos auxilios, es claro que no ha sabido inspirar respeto ni fe entre sus adeptos; no vivirá, porque no es viable. Este temor la hace recurrir al fraude y burlar las disposiciones de la ley.

La imposicion de capitales en bienes raíces equivaldria al derecho de adquirir tales bienes, ya porque ese gravámen se equipara al dominio, supuesto que la hipoteca produce accion real, ya porque para hacer efectivo su cobro ó el de los réditos seria necesario, en gran parte de los casos, sacar á venta la propiedad gravada, y no habiendo postores, podria fincar el remate en favor de la institucion. El simple gravámen hipotecario retira los bienes de una fácil circulacion en el comercio, y en el caso de que nos ocupamos, vendria á acumular una inmensa propiedad en poder de la mano muerta.

Los espíritus tímidos se alarman exageradamente por la pobreza de la Iglesia y de los frailes y monjas que existen todavía entre nosotros, á pesar del artículo 5º constitucional y de los artículos 413 y 425 del Código Penal, puesto que clandestinamente existen las comunidades religiosas, y clandestinamente éstas y la Iglesia poseen bienes raíces y capitales impuestos sobre ellos.

Bajo cierto sentido puede decirse que los religiosos que eluden la ley lo hacen de buena fe; todavía más, con expresa autorizacion de la Iglesia; pero si creen que al obrar así obedecen á su conciencia, es á una conciencia ciega y viciada. Dijo un grande orador del siglo pasado: "La obligacion de ilustrar la conciencia es anterior á la de seguir sus inspiraciones. Si es contrario á la moral obrar contra la conciencia, no lo es ménos formarse una conciencia sobre principios falsos y arbitrarios. Las mayores desgracias públicas han sido causadas por hombres que han creido servir á Dios y salvar sus almas."